

NOVELAS ENSAYO DE UBICACION DE LA REFORMA UNIVERSITARIA

Por JUAN FILLOY



LA TEJEDORA.

Entonces, el patrón, fué y le dijo:
—Mire, María: lamento despedirle el taller. Pero los negocios son los negocios. Es usted demasiado lerda. En cada punto ahoga una lágrima. En cada lacito ahoga un suspiro. Usted teje con una angustia punzante, en vez de aguja. Así pierdo plata. La gente no entiende nada de bombachas y escarpines sentimentales. Bien: está despedida. Cuando teja sin nostalgias de madre, puede volver al trabajo.

ARQUITECTURA.

Ninguno estaba conforme. El gordo cerraba los ojos bueyendo la obsesión de su horizonte abdominal. El flaco los abría, con ansias de escrutar la ilusión de un perímetro corpóreo. Ninguno estaba conforme. Y suspiraron:
—¿Qué no daría por ser igual a ti, delgado como una aguja gótica!
—¿Qué no daría por ser igual a ti, robusto como un ábaco románico.



PUNTALES.

Hosco, pardo, atterronado, tenía una pose curiosa. Colocaba las manos en el dorso, como si padeciera de lumbago. Las piernas en actitud de firmosa. Y miraba lejos, lejos que es la mejor manera de observarse.
—¿Usted sufre, señor? —inquirió.
Al verme, volvió de su lejanía. Y dijo:
—¿Qué esperanza! Estoy pensando en mi destino. En los ojos está el fiel de la balanza que pesa el mundo de afuera y el mundo del interior. Al principio, la oscilación es tremenda. Por eso me apunto.

DESPENSA.

El filósofo tenía en su casa una despensa llena de absurdos, hipótesis y axiomas en desuso.
Un día, después de un gran "rush" mental se rompió una pieza de su máquina admirable.
En la terapéutica común no había repuestos de cabal eficiencia. Desvariaba.
Confundido, cierta vez, entró a la despensa. Probó todas las hipótesis, y nada. Probó todos los axiomas, y nada. Pero, ni bien puso el primer absurdo en el lugar del desperfecto, recobró toda su plenitud filosófica.



FE DE ERRATAS.

Musitó el viento:
—Ven, acércate. Pongo y depongo en tus manos una nueva edición de mi destino. Léeme. Salta el prólogo errático. Hay muchos poemas en prosa viril, labrados en contrastes, como las xilografías. ¡No te espantes por eso! Léeme con demencia. Hay también en mi espíritu ritmos efémeros, casi inefables. Ven, ven: Confío en tu alerta sutileza. Yo quiero que seas la fe de erratas de mi vida.

EL MOPE.

Sus pobres ojos miopes, que miran y no ven, limitan a tres pasos la expansión de su alma ávida de perspectivas. Avanza, y la bruma circundante avanza, como una estrecha aureola que gitara sobre sus sienes. Ya está cansado de ser su eje. Lo confiesa:
—El día negro pensado saltará la franja de luz de mi visión. No me importa caer en el acantilado que me obsede: mediré el vacío con mi vida. ¡Siquiera así verá el horizonte de la muerte!



LA ECUYERE.

Fílese en los saltos de la "ecuyere". Partende las ancas y vuelven a las ancas del magnífico alazán. La pantalla de papel no obstruye la exactitud de las chances. ¡Es un verdadero prodigio!
—Si; pero no me agrada. Hay en ello un símbolo sodomítico. El disco de papel es el círculo inútil de prevenciones que rompe siempre "Monarca Venus". Usted lo sabe. Son muchos los que salen y vuelven, matemáticamente, a la grupa.

VITRAUX.

Qué muchacha! Recien desembarada su alma la entregó al manoseo de un amor absurdo. Y es claro, al primer desencanto, se rompió en mil pedruzcos.
Ha sufrido muchos años la desahucada escorización de sus aristas. Pero un día el amor auténtico llegó. Háblen en su oficio interior, con la "secotine" de consuelo cotidiano, estructurado de nuevo su alma.
¡Qué contenta ahora! Desde su coqueta vital mira un mundo geométrizado. Y en las horas de tedio, sobre sus paralelogramos, resuelve dulces teoremas pasionales.



FRUST.

Los sabios se congregaron. Cada cual puso su capital de hipótesis y conjeturas. Iban a explorar el "más allá".
El negocio empezó bien. Vendían sus libros por toneladas. Pero, un día, un ingenio les salió al cruce con la simplicidad de una verdad universal. El trust se vino abajo. Y fueron verdaderas desventuras sus "debentures" científicas.
Hoy, salvado de la ruina el trust se llama humildemente: "Sociedad de Conocimientos Limitada". Y emite acciones para el futuro.

APURO.

La peluquería estaba llena de atomismo. Por más que las navajas decapitaban el fastidio de los clientes, solidos los tepales y amiguetas tanta era la paciencia afamada en las revistas que recibía el afeitado, que una barba de cuatro días.
No se vaya, señor — dijo el oficial.
—Imposible — repuso. Soy un hombre de principios. Para mí no hay nada más sagrado que el apuro de los hombres que no tienen nada que hacer.



CASTIDAD.

Pobre castidad vacilante! ¡Cuánta pena das con tu muleta de presunciones! Arroja: párate, tardada tu juventud. ¡Vamale! Que tu corazón tieme al fin con tus deseos. Es preciso cambiar de régimen. Abandona el "solarium" de tus preocupaciones. He ahí al sol, como un eflebo dorado, con rayos libres para abrazarte y abrasarte. ¡Nada de inquietudes! Masajes; masajes para tu carne enferma de expectativa y para tu voluntad atribulada de preguntas. ¡Ea, vámate, pobre castidad vacilante: sal a la vida a hacer flexiones!

OTRA COSA.

El pan duro de la pieza transiente ha llenado mi bolsa de arpillera. No puedo ardecirla. Sabe que no tengo dientes para masticar los mendrugos de su lástima. Sabe que yo busco otra cosa, elaborado mi alma bajo un disfraz auténtico de lacras. ¡E insiste, todavía!
¡No importa! Yo seguiré con la mano extendida. Confieso que usuro a la compasión la moneda sin culto de sus miradas bondadosas. Confieso que los niños posan su inocencia y algunos ancianos depositan su solidaridad. ¡Pero busco otra cosa! Yo seguiré con la mano extendida.



V I A J E



Comenzado el período de progreso y desarrollo de América, sobre todo después de acabada la etapa de mayor agudeza de las guerras civiles y ya durante los momentos conocidos como de organización nacional, comienzan a afluir con creciente intensidad capitales extranjeros. Se inicia de tal manera, como anota justamente Haya de la Torre, "la etapa capitalista no como una etapa de negación y de sucesión del período feudal, sino como un resultado de la expansión de los grandes centros capitalistas del mundo". Conviene no olvidar que esta etapa del desarrollo de la producción y explotación capitalista se realiza, conviviendo íntimamente con etapas técnico-económicas feudales y aún más atrasadas. Condujo a una cierta expansión del industrialismo (industrias extractivas y de elaboración; prácticamente no dio ni siquiera nacimiento a industrias pesadas de producción de máquinas, de aparatos de precisión, etc.), pero no quebró la mentalidad de producción feudal. Esto sucedió en vigor en el trabajo minero, ganadero, agrario, forestal, etc. Hasta en los países más adelantados de América, como la Argentina, se mantiene todavía hoy esta contradicción. La de sus riquezas continúa siendo agropecuaria, a pesar del gran desarrollo de sus ciudades que por ese motivo adquieren pronunciados perfiles de parasitismo, puesto que tal desarrollo no obedece verdaderamente a un creciente industrialismo urbano.

En la Argentina, este fenómeno manifiesta evidentemente. En un reciente trabajo los ingenieros Lorens y García Mata estiman que la producción urbana de la Argentina constituye el 10% del total nacional; esto significa que sólo el 30% de la población — hombres y mujeres, jóvenes y niños habitantes de las ciudades — trabaja en su trabajo la casta "civil" de la producción, otros se ocupan de afirmar fuertemente los dos costos. La que la vida económica de las zonas ha sufrido una profunda deterioración en su contenido, perdiendo los elementos (producción agropecuaria) e impidiendo el desenvolvimiento de otros (especialmente industrias pesadas), y que se comprueba la extraordinaria explotación sufrida por las zonas rurales argentinas. Este tipo de deformación es característica en países dominados económicamente por el medio. En algún momento recuerda a líneas muy generales, la configuración vial de la Colonia. Se sobreentiende que tal comprobación no sólo es válida para la Argentina sino para toda América con variantes donde existen indios, pues entonces el problema se complica más por el régimen de servidumbre a que son sometidos.

Padecemos pues en nuestra América una sustancial falta de diversificación de la producción, material y asimismo de su producción intelectual.

Como en tiempos coloniales, hay industrias y cultivos prácticamente prohibidos para no competir con las grandes metrópolis inversoras de capitales en nuestros países y a las cuales se les ha otorgado privilegios que en verdad hieren la soberanía nacional.

Como en tiempos coloniales, se hace prácticamente imposible la acumulación de riquezas y capitales para su aplicación progresista en nuestro continente. Pero, como era de suponerse, los problemas de hoy son mucho más complicados y hondos, más extensos y dolorosos.

Aquel momento "pacífico" comercio que tanto creció durante la guerra mundial, esos "brutos" de industrialismo autótomo y aquella pequeña agricultura de chacras y colonias que empezaba a extenderse con capitales, todas esas riquezas, pero primeras fuerzas vivas que alcanzaban en el continente, sufrieron un rudo golpe cuando el capital imperialista empujó contra ellas su gran industria, su gran comercio y su gran agricultura. En su casi totalidad fueron absorbidas o aniquiladas. Lastimados en ese momento como niños, el conjunto de las capas medias de la población, los componentes del mercado interno y la incipiente burguesía industrial fueron las primeras en ensayar la defensa de los intereses nacionales comprometidos por el empuje imperialista. Empezó hecho posible gracias a los servicios venales de ciertos hombres allegados a las élites directivas del país, o de los herederos míopes, interesados en el negocio. Así, en los grandes centros de explotación, los grandes colonos terratenientes, los grandes hacendados y los infaltables corredores y abogados vengadores. Estos últimos constituyeron el vanguardista y mejor que todas las antepasadas leyes de Indias, pero recordemos que contra el trust imperialista no poseemos — como en épocas coloniales — la válvula de escape del contrabando.

Que había sido mientras tanto la Universidad.

Antes de la guerra de independencia sus raíces en el suelo colonial y de esa realidad extraña, los juegos pueriles, reflejaba las vicisitudes del apañado (rimo virrey) y educaba a los jóvenes en los principios teológicos y aristocráticos. Nacida a semejanza de las universidades algunas, Universidad solitaria fueron permitidas sin embargo a las inquietudes que nacían de la vida de la América española. Los intereses netamente americanos hicieron sus estudios universitarios y las corrientes emancipadoras que venían de la ciencia filosófica y republicana fueron acogidas por universitarios y por intelectuales vanguardistas. Tales excepciones no dieron por supuesto, su carácter a ningún centro de estudio.

Las Universidades y colegios de la Colonia tuvieron por su origen un carácter genuinamente religioso. Fue en el período de las guerras de independencia que surgen por primera vez entidades educacionales, eminentemente religiosas. La "Escuela de Matemáticas" fundada en 1810 por Manuel Belgrano respondió a la necesidad política de formar técnicos militares para asegurar la libertad tan costosa (García de Buenos Aires, J. V. González en "La Emancipación de la Universidad"). La misma reorganización del protomunicipio obedeció al fin de ordenar el mejor servicio de los ejércitos de la Patria" (Cita J. V. González, ídem).

Organizada la educación pública, tanto la elemental como la superior, por el Estado, en íntima colaboración con el clero, es comprensible que la instrucción fuera influenciada por los principios ideológicos generales por ambos sustentados.

La guerra de la independencia no acarrió una sustancial transformación institucional en colegios y Universidades. Si la Universidad española había sido un auténtico producto de la vida feudal de la península, la Universidad colonial fue un trasplante que prendió en terreno fértil. No desapareció con la independencia la trama feudal de la vida americana, mal podía la Universidad recomponerse con elementos que una nueva sociedad siempre aporta. Perdido la enseñanza religiosa en las aulas y no dejó de exponerse desde la cátedra el derecho canónico. Las disciplinas científicas y técnicas, parcialmente experimentales, llevaron una vida casi nominal. Esta situación se extendió, con pequeñas variaciones, hasta antes de la Reforma. En la Universidad de Córdoba, hasta 1918, se enseñaba desde una cátedra única en el país, derecho público eclesiástico. Cuenta Juan B. Justo que desde la cátedra de filosofía el derecho se exponían los "deberes para con los siervos", en verdad un punto muy peculiar en un país democrático como el nuestro.

En lo cultural, entonces, la universidad de Córdoba — y no sólo ella, que el mal era americano — vivió un extraordinario retraso. Constituyó una supervivencia de la Colonia, totalmente desvinculada de la vida más agitada que ya la rodeaba. Córdoba a las sugerencias y restricciones del progreso general, opuesta a todo aquello que significara disminuir la jerarquía del jesuita en teología o filosofía, era también cerrada y dogmática en su organización institucional. Sus métodos y sus concepciones académicas se realizaban en la quietud de épocas de "paz", en épocas verdaderas, imperecibles e insensibles.

A pesar de todo, habiendo aparecido, desde el ambiente de los países iberoamericanos, ideas, fuerzas y valores. Bastó el relativo aislamiento para cimentar un vigoroso plan de libre examen.

El sacudimiento social e intelectual producido por la guerra y la revolución suscitó un interés sobre todo en el movimiento de opinión pública, frente a las oligarquías zonales, y la urgente necesidad de un mayor extensión de la cultura técnica, sumados al sentimiento de averión por las camarillas universitarias, a causa de un medievalismo y sus desastrosas administraciones (en Córdoba hubo "profesores" con R. V. de la Cruz durante 18 años), la renovación por sea hereditaria, y nos explicamos como los propios elementos contrarios que en su marcha cerrada y unilateral había ido creando la Universidad se opusieron contra ella; esta vez no sólo corrigió sino para transformarla.

La Reforma Universitaria, en esencia, la idea de la emancipación americana, de la libertad y la cultura, de la fraternidad y la justicia. Por eso es antiimperialista y revolucionaria. Por eso perdura en el tiempo, se extiende sobre América y continúa en marcha.

Echa de oro para la Reforma Universitaria y día de gozo para el continente aquel que vea nuestras naciones libres y prósperas. Día de jubilo americano aquel cuya angustia ofrezca un horizonte limpio de reacción y radiante de justicia. Ese día la Reforma se habrá cumplido.

LOS LIBROS UN LIBRO Y UN COMPLETO

Por ENRIQUE S. PORTUGAL

Por fin ha aparecido un libro magnífico sobre la cara a salvar a los escritores argentinos de la pederastia moral en que están sumidos desde hace tiempo; todo un formidable alegato contra los decadentes métodos pedagógicos de la enseñanza en el sistema actual ya en plena podredumbre, y al que los "críticos" lo han rodeado con el completo canalla del silencio.

Ernesto Mirón, un mozo totalmente anónimo — de esos mozos anónimos que se han pasado largos años pelando caña en los inmensos mataderos de Tucumán —, ha publicado un libro que es todo un pedregal de orgullo para la producción intelectual de Iberoamérica. "Papá", "mediosujos y otros" — tal se titula la obra del escritor proletario — nos presenta un pedregal cruel y desgarrante de la vida infantil de un internado, tejido y condecido por el detritus pedagógico de una sociedad en franca decadencia. El libro de Mirón es un libro macho, vigoroso, panfletario y brillantemente agresivo contra la pedagogía y el sistema actual en declaración de bancarota. No es extraño pues que siendo así, los "críticos condecorados" hayan tenido la actitud de fudo sobre los labios.

Acostumbrados están los saguitas a sueldo a aplaudir y a tocar la tambora a escritorzucos de tres al cuarto, es frecuente ver aún en las publicaciones de izquierda, elogios desmesurados a intelectuales panfletarios y hasta tocar las campanas de una acaramelada variorra a culpar pelustán autor de aventuras, pero es raro, muy raro encontrar con valentía y seriedad una crítica que diga a voz en cuello lo que es y lo que vale un buen libro. Todavía nadie ha dicho que Portugal es uno de los poetas de primera fila que tiene la Argentina, aún hay quienes pretenden negar el valor tan singular en América de las obras de Jorge Icaza, todavía permanecen ignorados en estos lados del Atlántico un César Vallejo, un Agustín Goyás y otros otros de un valor efectivo de 18 kilates. Es necesario repetir lo que hace poco dijo José Gabriel, refiriéndose a la obra de Mirón: "En París, ya habrían premiado a Ernesto Mirón con el Goncourt o cualquier otro de esos galardones literarios parisienses. Vale lo que merece vale un Malraux y acaso toque temas profundos y más permanentes."

Dolor de bronce
Un internado de niños abandonados a la "savia" dirección y enseñanza de un maestro, con una amor a la caja de caudales que en la enseñanza, nos presenta el autor en su bello libro. Cuantos "Poverillos" — personaje central y director del colegio — hemos conocido, en nuestra vida de estudiantes. Claro, huapaz, patrioter, adúlter y desvergonzado es este director de un internado donde miles de madres abandonan sus hijos a merced de sus sabias enseñanzas.

Mirón nos relata todo lo de trágico y terrible que se esconde tras de aquel "internado" ejemplar. Niños entregados a la pederastia por incapacidad de sus padres y maestros para poder orientarlos; niños con manifestaciones directas hacia la perversión sexual y que ante la indiferencia de los acertados "métodos pedagógicos" encuentran campo propicio para sus desviaciones físicas; chicos en franco camino hacia la degeneración más depravada que llegan hasta lo indecible para el lector de la calle, y que hacen de sus víctimas — otros niños — instrumentos de explotación y del más desfachato cañajaje; hipermaníacos; caprichos sexuales; histéricos, y tantos otros, viven dentro de ese "internado modelo" bajo el tutelaje que conduce al amor homosexual. En el libro desfilan las "luetas emboscadas de niños reidos" que luego de "alcanzar" a sus frentes, las hacen suyas, después de pasadas pocas semanas de la iniciación del año escolar. Existen otros, un hipersexual para el que toda posibilidad es aprovechada sexualmente, inclusive con los animales.

El preclaro pedagogo
Un día un celador recurre al director para denunciar graves irregularidades en el internado, irregularidades por las que el maestro debe interesarse y corregir inmediatamente. Pero el ilustre pedagogo, incapaz y cobarde, no da crédito a las palabras del denunciante a sabiendas que ellas vienen ocurriendo tiempo atrás.

—Bueno, bueno; ¡qué sucede entonces?
—Soy recién a una pareja en amor.
—¿Cómo? —interrogó el celador preguntándose de firme y estirando el gesto de sorpresa. — Luego añadió: — En amor! ¿Qué es eso?
—¡Maestro! como macho y hembra.
—Eso no puede ser.
—¡Maestro! anóche lo vi individual.
—Eso no puede ser, señor. ¿Qué se ha pensado usted? En mi colegio, tan luego en mi colegio! Pero no faltaba más! ¡Bah, bah!
—Maestro — continuó el profesor dispuesto a no quedar como un murmurador — los he visto escucharse un diálogo.
—Vea, señor; haga el favor de callarse. Acaso no se da cuenta que nos está desprestigiando — respondió el educador, acudido al plural como en otros casos aligentes. — En nuestro colegio nunca sucedió ni sucederá semejante cosa!

—Bueno, váyase, sumas — ordenó el director su tono como de despedida.

He aquí una recta escena de escupiría sobre la cara a todos los maestros y a todos los métodos de instrucción del mundo.

Todo esto que nos cuenta en su libro no son sino escenas servadas por él en los largos años que hubo de permanecer en "protegido" (celador) en el internado. Todo es auténtico: conceptos, banderas, himnos, sábanas manchadas, mofos, "trezados", hipocresías, adulación, todo, todo es realmente auténtico. Mirón no es el creador de su obra; es simplemente un hábil observador y narrador en lo que posee toda su buena voluntad y sus amplios conocimientos pedagógicos y psico-sociológicos. Su libro es un libro negro ni convenido ni no, se ha pretendido hacerlo optimista; no. Se trata de toda una obra terriblemente denunciadora, magistralmente constructiva, fuertemente descripta por manos de un crítico valiente y testigo real. Y así el lector en tan bellas y crudas narraciones da a la sociedad, para que la sociedad comprenda la angustia de sus métodos y sus sistemas pedagógicos y antipedagógicos, y trate de encarrillarlos dentro de una línea que aparecerá con las generaciones venideras, ellas que vivirán en una humanidad más equitativa y más hipocrítica.

A veces Mirón nos describe de sus protestas que salen desde lo más profundo de los niños mismos. A un niño convertido ya en un "cañal" de otros niños, saca a flote toda su protesta y exclama: —¿Por qué al Maestro le duele Madama? —le interrogó uno de sus pupilos, deseoso de conagrarse.
—¿Por qué? — insistió otro.
—No saben ustedes que todo es un burdo? — contestó mientras se evanecía del catre. Burdeles es, agrietas, los colegios, los libros, todas las instituciones. Padres, maestros, rectores, padres de familia, directores, son simplemente máximas de "bros" bala.
—¿Dónde muchachos después, cuando este niño perverso termina la reedificación de su protesta? se ve a salir su compañero convertido en el proveedor de su harem, en otra otra escena digna de transmitir la, aunque haya gente puritana que no la acepte.
—Posteriormente la Yegaz trae a cuatro nuevos pupilos al "horte" según Colbert pertenecían a la horte de Leandro Esquivel. El Negro recibió a cada uno con agrado, repitiendo "¡qué es tu caso", contenido de que fueran los suficientes como "para hacer algo bueno". Colbert le copió al oído del Negro:
—El truco es de virginito.
Pero el Negro levantando los brazos gritó:
—¡Rajalo, rajalo entonces!
La yegua Colbert se quedó como brudamente mudo, sin atrever a explicarse la rara actitud del Negro, pero no obstante insistió en hablarle y le puso los ojos en guilabos ras: "Te lo haces vos".
—No me gustan las neas! ¿Entendés, manflora? — gritó de nuevo mientras saltaba hacia la puerta.
—Qué otros los engañan los desfogeros, los envuelven! Pero a mí sólo vendrán los putos tan rajados como para matarlos. ¿Son ustedes así?
—Sí, así — respondieron los chicos.
—Los desviados que se probo hoy son más flexibles que un bota.
Y ante el mudo estupor de todos el Negro abrió la puerta para que se fuera el puro".
Escenas como estas revelan claramente el poder macho del libro de Mirón. Para los niños del mundo trágico, para los niños como la tragedia, la baba y el estofado que flota en el Instituto Modelo dirigido por el pedagogo Portugal.

Libro exagerado para la prensa paquiderma
Para los comentaristas de la prensa grande, de la prensa famosa, de los sabios, de los escritores, de los famosos y tan estrechos como ellos, que éste es un libro exagerado, lo que es imposible admitir en sus vascofobia. Es claro, que se debe tratar de ellos, que sólo vive dentro la inclinación de la compasión y las alcahuetas en los salones de los literatos. Para los críticos, caros, es el libro del libro de Mirón sea un libro de te y exagerado, negro y exagerado.
—Ellos jamás almorzarán a comprender y a aceptar las impresionantes contribuciones que el autor entrega cuando cada niño comienza a trillar fragmento ante los detalles de primeras manifestaciones sexuales de libidos y su satisfacción en la vida sexual como pedregales a como se refirió a la vida sexual.

Libro que habrá de perdurar
Bastó seguro y a pesar de que la pederastia y el libro que se le dedica contra "Papá" los "poverillos" fuera de perdurar y de ser de la literatura argentina y América. Más tarde habremos de analizar fríamente este comentario, como todo el movimiento de la literatura denunciativa de América hoy que sólo lo entregamos a una masa pasotista y compungida que no se indigna y para que ella comprenda todo lo de "verídico" y "real" que tiene la tragedia de un internado de niños en "protegido" exterior.
—¿Por qué de Ernesto M. — preguntó un crítico de la prensa grande, que se descomulgó por haber escrito un artículo sobre un internado de niños.

ENRIQUE S. PORTUGAL